



La destreza manual del historiador.

Luis Eduardo Cortés Riera.
cronistadecarora@gmail.com

“Consideraba por lo pronto que tenía un rostro, manos, brazos, toda esta máquina compuesta de hueso y carne, tal como se presenta un cadáver, al que yo designaba de nombre cuerpo”

Descartes

En tu cuerpo hay más inteligencia que en tu mente.

Nietzsche.

¡Qué pequeñas son mis manos...!

En relación con todo lo que la vida ha querido darme.

Ramón J. Sández

Cuando cursé mis estudios históricos de posgrado, cuarto y quinto nivel en historia, en mi país, Venezuela, desde 1989 hasta 2003, me di cuenta de la enorme importancia de las habilidades y destrezas manuales, amén de otras destrezas intelectuales, que deben acompañar a un historiador y a otros profesionales de las innumerables ramas del conocimiento.

Sucedió que debí enfrentarme a un repositorio o archivo de grandes dimensiones, el bien conservado Archivo de la Diócesis de Carora, contenido de más de dos centenares de gruesos libros manuscritos, escritos pacientemente por curas, sacristanes, mayordomos y laicos comprometidos desde el siglo XVI hasta el presente, me centré en las famosas cofradías caroreñas, señaladamente la del Santísimo Sacramento, fundada en 1585 y que aún hoy tiene vida.

Debí revisar aquellos infolios y librotos estoicamente, sin aire acondicionado o ventiladores, poca luz, con infinitos cuidados, utilizando el *método regresivo* ideado por Marc Bloch, es decir investigar desde los más recientes libros hasta los más remotos, temporalmente hablando. No tenía a mi disposición hace 28 años fotocopiadoras, cámaras fotográficas o teléfonos inteligentes. Debí entonces copiar trabajosamente a mano algunos libros de cofradías o hermandades donde estaban anotados miles de hermanos desde el remoto 1585, año en que se funda la Cofradía del Santísimo Sacramento, y otras diez hermandades caroreñas, hasta un pasado reciente, cerca de 1970. Hacerlo a mano fue una bendición, pues realizarlo de esa manera me conectó directamente con los documentos, lo que no hubiese sucedido de haberlos fotografiado o fotocopiado. Una conexión directa mano-cerebro, como decía mi Maestro Federico Brito Figuerola.

Era necesario ese esfuerzo para edificar una *historia de las sensibilidades religiosas*, que era mi propósito siguiendo al historiador marxista francés de las mentalidades religiosas Michel Vovelle (1933-2018), a copiar, en consecuencia, muchísimos datos, quizás excesivos, para su construcción: nombre del hermano o cófrade, sexo, edad, procedencia geográfica, profesión, etnia, si entra vivo o muerto a la cofradía, persona que lo anota, sobrenombres o mote de las personas, dinero pagado para “entrar”, folio, año de entrada a la cofradía, si se le hizo misa al morir o no, observaciones, nombre del libro, folio, año, libro, etc., etc. , etc. A lo que se agrega que, sin disponer de un ordenador o computadora, debía sacar porcentajes, elaborar a mano 74 o más cuadros estadísticos, gráficos, mapas, revisar una abundante bibliografía en físico (unos 150 libros) y unos, muy pocos, de presentación digital, sacar fotocopias, revelar fotografías de placas mortuorias, viajar constantemente de Carora a Barquisimeto y viceversa, en mi automóvil europeo de dirección mecánica, sin el auxilio de un conductor o chofer auxiliar. Extenuantes jornadas, sin dudas.

Fue un esfuerzo enorme el que realicé durante años y que me condujo a un doloroso y traumático *Síndrome del túnel carpiano* en mi mano derecha, acompañado de una sintomatología de dolores e inflamaciones en la muñeca y codo, lo que me hizo acudir a un

médico traumatólogo y realizarme unas resonancias magnéticas, aplicarme antiinflamatorios esteroideos en una clínica particular de la ciudad de Barquisimeto, República Bolivariana de Venezuela. Es desde esta difícil y compleja experiencia donde nace la preocupación por comprender y darle una explicación científica y emocional a la relación existente entre habilidad manual y el “historiador de oficio”, como lo llama Marc Bloch.

Algunos antecedentes de consumadas habilidades manuales.

Karl Marx y El Capital.

El primero en llegar a mi mente es el de Karl Marx (1818-1883), quien durante 30 largos años investiga en el Museo Británico de Londres para dar forma, escribir y publicar el tomo primero de *El Capital* en 1867. Además de tener magníficas posaderas, debió conocer el fundador del socialismo científico los portentosos andamios de semejante biblioteca londinense, cargar pesados volúmenes, hojear miles de infolios, tomar infinitos apuntes, hacer centenares de bosquejos, croquis, esquemas, borrones y notas con su letra menuda, lo que denota una portentosa y pocas veces vista habilidad manual, sin duda, lo que no evita que Marx caiga en una larguísima procrastinación que le hizo aplazar la publicación de su obra máxima en varias ocasiones, según sostiene Tristan Hunt (*El gentleman comunista*, 2007). La muerte le impide a Marx ver los tomos segundo y tercero de su extenuante labor, obra que deja a su amigo Federico Engels, quien tras fatigoso esfuerzo al revisar los *grundrisse*, una enorme recopilación de anotaciones de su amigo difunto, publica los dos tomos que la muerte no deja ver a su amigo judío y alemán. Fue esta también otra grande proeza manual la de Federico Engels.

Fernand Braudel y El Mediterráneo...

El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II es una obra historiográfica inmensa y colosal de 1.600 páginas. Creo que soy una de las pocas personas que lo ha leído íntegro en mi país. Lo escribe el historiador francés Fernand Braudel (1902-1985) después de investigar en muchos y variados archivos de países y ciudades portuarias y continentales de la inmensa cuenca del Mediterráneo, una obra colosal, gigantesca, pues los países y ciudades ribereños de *mare nostrum* son muchos, y solamente con los de España serían suficientes para agotar y extenuar al más diligente.

Debió Braudel diseñar cartogramas, complejos cuadros de tasas de mortalidad, facsímiles, graficas de la relación oro-plata, discrepancias entre salarios y precios, revisar fotografías satelitales, dibujos de Génova, Amalfi, Marsella del siglo XV y otras ciudades. Para abreviar tan gigantesca labor empleó cámaras fotográficas y se hizo ayudar de copistas y amanuenses. Un monumento historiográfico colosal donde las manos cobraron un protagonismo colosal para producir un gran logro historiográfico: la larga duración.

Marc Bloch y la habilidad manual del historiador.

Fue el gran historiador hebreo y francés Marc Bloch, escribe Dumoulin, quien dijo que el oficio del historiador es como una habilidad manual, que favorece la construcción paciente de las técnicas de la crítica. La destreza manual está asociada a la perfección

académica. Pero, ¿por qué emplea Bloch la precisamente palabra oficio? Es palabra que tiene resonancias manuales, ligada a las llamadas artes mecánicas. Se asocia a la diligencia y a la eficacia. Bloch la emplea con gran humildad unida a las palabras banco de artesano.

José Luis Romero dice que en circunstancias difíciles —casi trágicas—, el ilustre medievalista francés Marc Bloch decidió dedicar sus ocios a componer un pequeño libro que él definió con estas humildes palabras: “El *memento* de un artesano al que siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana; el ‘carnet’ de un oficial que ha manejado durante muchos años la toesa y el nivel, sin creerse por eso matemático.

El medievalista francés Jacques Le Goff nos invita a estudiar la historia del cuerpo, a seguir lo que Marc Bloch llama la aventura del cuerpo. El cuerpo posee una dimensión simbólica y cultural inmensa nos dice en su obra *Una historia del cuerpo en la Edad Media*, donde antropología e historia se dan la mano. El cuerpo es el corazón de la Edad Media. No puedo dejar de pensar en Morris Berman (*El crepúsculo de la cultura americana*, 2004) y su idea del Nuevo Individuo Monástico que salvará la cultura occidental de su ruina y declive. Es el hombre que rechaza la cultura chatarra en nombre de la verdadera civilización. Ese rechazo supone volver a la escritura manual de los copistas medievales que salvaron de la barbarie la civilización y cultura de la antigüedad

¿Qué es la destreza manual?

Me he percatado recientemente que es la habilidad o destreza manual de los historiadores un aspecto poco o casi no estudiado por los propios historiadores, dejándole la tarea a psicólogos y médicos. Pero, ¿qué es la destreza manual? La destreza manual se refiere a la habilidad para manipular objetos con las manos. Igualmente se ha definido como la sucesión de movimientos finos voluntarios utilizados para manipular objetos pequeños durante una tarea específica.

Debe existir una excelente coordinación entre la mente y el cuerpo, viejo problema desde Descartes, para que haya una eficaz destreza manual. Se puede afirmar que el dominio de la mano es el triunfo de la cultura humana. La habilidad manual es la responsable de nuestras posibilidades de usar huesos como herramientas letales, hasta la de enviar al espacio una nave tripulada, como aparece al inicio de la excelente película de Stanley Kubrich *2001 Odisea del espacio*.

Las manos nos permiten orientarnos en el espacio, que es, según Kant, una forma de la sensibilidad, una capacidad que poseemos para diferenciar, por ejemplo, la izquierda de la derecha. La subjetividad no se puede entender sin su íntima conexión con el cuerpo y con las manos. Nuestro hemisferio derecho piensa en imágenes y aprende cinestésicamente a través del movimiento de nuestros cuerpos, dice la neurofisióloga Jill Bolte Taylor, quien agrega: ¿quiénes somos? Somos el poder de la fuerza vital del universo, con habilidad manual y dos mentes cognitivas.

El astrónomo Stephen Hawkins se comunicaba con el exterior gracias a que conservaba cierta motilidad en una de sus manos, lo que le permitió escribir y dar a conocer

sus audaces ideas sobre el big bang y los agujeros negros valiéndose de un artilugio electrónico made in California, USA.

Fue el sabio alemán Goethe quien descubre el hueso hiodes, desde este fundamental hallazgo se plantea por vez primera la importancia de este hueso en la articulación del habla humana, y con ello de la cultura como creación lingüística, pero las manos son también responsables muy grandes de la hominización del hombre.

La mano humana prehistórica.



El descubrimiento de un hueso en una antigua tumba en Kenia data el origen de la destreza manual del hombre más de 500.000 años antes de lo que se pensaba. El fósil de 1,4 millones de años fue identificado como hueso metacarpiano tercero y constituye la evidencia más antigua de la evolución humana que permitió a los homínidos primitivos desarrollar destrezas manuales para fabricar y utilizar herramientas.

La pieza hallada presenta una protuberancia que se conoce como apófisis estiloide, que es lo que engancha los dedos a la muñeca y permite realizar movimientos manuales más fuertes y muy precisos. Este descubrimiento sugiere que la mano humana moderna se desarrolló más de 600.000 años de lo que se suponía, probablemente en tiempos del *Homo erectus*. Nuestras diestras manos especializadas han estado con nosotros la mayor parte de la historia evolutiva de nuestro género, *Homo*. Son, y lo han sido por casi 1,5 millones de años, fundamentales para nuestra supervivencia.

Qué dice la neurociencia de la habilidad manual.

El prestigioso neurólogo portugués Antonio R. Damasio, del Salk Institute for Biological Studies y la Universidad de Iowa, autor de la fértil idea “el cerebro centrado en el cuerpo” y que se puede expresar de esta otra manera: Si no hay cuerpo no hay mente, idea que nos ayuda a comprender la íntima e indisoluble relación de las manos, el cuerpo y la mente humana.

Cerebro y cuerpo están indisolublemente integrados mediante circuitos bioquímicos que se conectan mutuamente. Sustancias químicas procedentes de la actividad del cuerpo (y de las manos) pueden llegar al cerebro a través del torrente sanguíneo e influir sobre la operación del cerebro (Damasio, *El error de Descartes*, 2001, p. 90-91). El cuerpo (y las manos, agrego yo) proporciona(n) una base de referencia para la mente, agrega Damasio, (p. 208).

La representación de la tercera dimensión, por ejemplo, se engendraría en el cerebro, sobre la base de la anatomía del cuerpo y de las pautas de movimiento en el ambiente (p. 218.) No existe una separación absoluta de mente y cuerpo, afirma Damasio, lo que constituye el “error de Descartes.” Somos y luego pensamos, afirma el neurocientífico del siglo XXI, y no “Pienso, luego soy”, como dijo el filósofo francés Descartes. Es conocida la afirmación esotérica de Descartes de que la glándula pineal es el punto de unión del alma con el cuerpo.

La consciencia, apunta Damasio, surge a partir de lo que sentimos con el sistema nervioso y con los cinco sentidos. Cómo se siente el cuerpo es el comienzo de la consciencia.

Y es que esa conexión entre la boca y las manos se remonta a nuestros orígenes, y por más evolucionados que creamos ser, lo que aprendimos en ese entonces sigue presente. Aunque hace falta más investigación sobre el tema, "la que tenemos indica que cuando éramos criaturas primitivas, cuando las manos tomaban la comida, la boca estaba preparada para recibirla. Así que si agarrabas algo grande, así que al mover tus manos cuando hablas, no sólo ayudas a los otros sino también a ti mismo a entenderte. La boca sabía que tenía que abrirse de par en par, y si era pequeño, no tanto". "Es realmente un conocimiento que tienen encapsulado en las manos". Nuestras manos y pies son maravillas biomecánicas. Más que cualquier otra pieza de la anatomía, son las que nos han hecho una especie tan exitosa. Nos permitieron salir de África para colonizar el planeta y dominar el mundo natural. La capacidad de caminar erguidos significó que los primeros humanos pudieron cubrir grandes distancias eficientemente, aunque también les dejó las manos libres para desarrollar su anatomía y capacidades únicas.

La mano, extraña y maravillosa. La mano es una de las piezas más complejas y bellas de la ingeniería natural en el cuerpo humano. Nos da un poderoso agarre, pero también nos permite manipular objetos pequeños con gran precisión. Esta versatilidad nos distingue de todas las demás criaturas del planeta. La mano tiene una de las disposiciones musculares más extrañas del cuerpo. Tanto la mano como el pie del ser humano representan un triunfo de ingeniería compleja, exquisitamente evolucionada para ejecutar una serie de tareas.

La mano que piensa.

Todo esto se ve confirmado en el análisis que hace en su libro *La mano que piensa*, el arquitecto finlandés Juhani Pallasmaa (1936) sobre la conexión entre la mano y la mente. Dice éste arquitecto escandinavo que “*la mano no es solo un ejecutor fiel y pasivo de las intenciones del cerebro, sino que tiene intencionalidad y habilidades propias*”, mientras se queja con razón de que “*la modernidad ha estado obsesionada por la visión (sobre todo el positivismo) y ha suprimido el tacto*”.

Esta idea me encanta por su poder gráfico: “*El ojo y la mano colaboran constantemente; el ojo lleva a la mano a grandes distancias, y la mano informa al ojo en la escala íntima*”. Es cierto, creo que no es difícil sentir eso tal como lo describe Pallasmaa: “*Normalmente no nos damos cuenta de que existe una experiencia táctil inconsciente en la*

visión. Cuando miramos, el ojo toca y, antes de ver un objeto, ya lo hemos tocado y hemos juzgado su peso, su temperatura y su textura superficial”.

Siempre me he preguntado si hay alguna diferencia significativa en la capacidad creativa entre escribir un texto a mano a si se hace con un ordenador o una máquina de escribir. Juhani Pallasmaa considera que el propio proceso táctil es una fuente de inspiración, y reivindica el papel de la vaguedad natural, la riqueza expresiva y la vacilación innata de lo hecho a mano, frente a la fría precisión del ordenador.

Ahora en “*La Mano que piensa*” analiza Pallasmaa la esencia de la mano y su papel crucial en la evolución de las destrezas, la inteligencia y las capacidades conceptuales del hombre. La mano no es solo un ejecutor fiel y pasivo de las intenciones del cerebro, sino que tiene intencionalidad y habilidades propias. El arquitecto Juhani Pallasmaa, hace hincapié en los procesos relativamente autónomos e inconscientes del pensamiento y el obrar en la escritura, la artesanía o en la producción de arte y arquitectura. Organizado en ocho capítulos, este libro explora el entendimiento silencioso que yace oculto en la parte existencial de la condición humana y sus modos de ser y experimentar específicos. En último término, su objetivo es ayudar a sacudir los cimientos del paradigma de conocimiento conceptual, intelectual y verbal, hegemónico en la esfera de la arquitectura en aras de otro conocimiento: el táctico y no conceptual de nuestros procesos corporales.

El Nobel de medicina 2021 Ardem Patapoutian hace la observación de que el tacto es el único sentido basado en la traducción de una señal física, como la presión, al lenguaje químico que comprende el cuerpo. “Al investigar sobre los nervios que nos hacen sentir el tacto y el dolor, nos dimos cuenta de que hacen algo insólito: son capaces de percibir fuerzas físicas, como las fuerzas mecánicas y como la temperatura. Realmente se sabe muy poco sobre cómo el cuerpo traduce estas señales físicas al lenguaje químico”. Patapoutian identificó el canal **Piezo1**, una proteína sensitiva a la presión. Esta molécula responde al tocar la membrana celular, generando un cambio eléctrico que el cerebro interpreta como **tacto**. Ha nacido una nueva ciencia que valora en su justa dimensión tacto y manos.

Palabras finales entre dos épocas.

Cuando realizamos nuestros trabajos de grado de Maestría en historia (1995) y tesis de doctorado en historia (2003) sobre la educación secundaria y la Iglesia Católica caroreña respectivamente, se produjo en ese ínterin un sensacional cambio tecnológico al hacer aparición internet. Estuvimos trabajando nuestras investigaciones mientras se producía un cambio de época, sociedad y cultura. Me tocó, en consecuencia, navegar entre dos aguas. Realice la redacción de ambos trabajos a mano y sin ninguna consulta a internet o a una inteligencia artificial que no existía aún. Mi mesa de trabajo estaba repleta de papeles cuadernos y libros.

Sin embargo, la transcripción desde los gruesos manuscritos salidos de mis manos fue realizado en ordenador o computadora por la competente secretaria Mirtha Meza. Los numerosos cuadros, gráficos, los muchos cálculos estadísticos fueron realizados a mano, con regla, escuadra, transportador, compás, sacapuntas, calculadora de mano, lápiz de creyón y

goma de borrar. Estuvimos repartidos entre la galaxia Gutenberg y la galaxia Faraday macluhanianas.

Pienso que si yo hubiese hecho la transcripción en ordenador o computadora el texto final es posible que resultara un tanto diferente. Después de todo, como dijo George Steiner, quien se sienta frente a un ordenador está aceptando una gramática anglosajona. Si bien ya resulta claro que las computadoras son un apéndice de nuestro ser, hay que advertir que favorecen un pensamiento binario, mientras que la escritura a mano es rica, diversa, individual, y nos diferencia a unos de otros. La escritura cursiva parece condenada a seguir el camino del latín: dentro de un tiempo, no la podremos leer”. Abriendo una tímida ventana a la individualidad, aún firmamos a mano. Por poco tiempo...

El rutinario y exigente trabajo de archivo en la Diócesis de Carora me trasportó a los siglos genésicos de nuestra cultura de habla castellana y creencias impulsadas por ya lejano Concilio de Trento. Tocar y oler aquellos vetustos libros de cofradías fue un viaje en el tiempo en aquella casa colonial de la calle San Juan. La piel y el tacto obraron aquella maravilla que me trasportó a unas sensibilidades religiosas que ya en el tercer milenio nos asombran. El tacto es memoria afectiva, conexión emotiva que se genera por la hormona llamada oxitocina. Amor altruismo y cooperación son estimulados por esa sustancia que produce el hipotálamo y sin la cual serían imposibles mutualismos confrádicos estimulados por la Iglesia Católica.

De este modo y a través del tacto y al tocar aquellos venerables y antiguos libros donde se anotaban las entradas a las cofradías, así como sentir manualmente bancos y reclinatorios, lápidas mortuorias, experimentamos por gratísimos momentos la atmósfera espiritual de Carora y Venezuela de los siglos anteriores a la Gesta Magna y la Venezuela republicana. Fue como darle un abrazo a aquellos seres humanos que deseaban disfrutar de una vida posterior **a la terrena.**

Referencias.

Bloch, Marc. (1986) Apología de la historia o el oficio del historiador. Fondo Editorial Lola de Fuenmayor, Fundación Buría. Caracas, Barquisimeto. Venezuela.

Braudel, Fernand.(1992) El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. Fondo de Cultura Económica. México.

Cortés Riera, Luis Eduardo (1997). Del Colegio La Esperanza al Colegio Federal Carora. Fondo Editorial de la Alcaldía del Municipio Torres, Fundación Buría. Carora, Barquisimeto, Venezuela.

Cortés Riera, Luis Eduardo. (2003) Iglesia Católica, cofradías y mentalidad religiosa en Carora, siglos XVI a XIX. Llave del Reino de los Cielos. Editorial Académica Española. Alemania.

Cubo Ugarte, Oscar (2009). CORPORALIDAD Y VIDA EN LA FILOSOFÍA CRÍTICA DE KANT. Universidad Nacional de Educación a Distancia -Madrid, España.

Damasio, Antonio. (1998) El error de Descartes. La razón de las emociones. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile.

Dumoulin, Olivier. (2003) Marc Bloch o el compromiso del historiador. Universidad de Valencia, España.

Le Goff, Jacques y Troung, Nicolás (2015) Historia del cuerpo en la Edad Media. Grupo Planeta, España.

Marx, Karl. El Capital. Crítica de la economía política. Siglo XXI Editores. Madrid, España.

Mc Luhan, Marshall. (1962) La galaxia Gutenberg. Génesis del homo tipográfico. Editorial digital Lestrobe.

Pallasmaa, Juhani. (2009) La mano que piensa. Editorial Gustavo Gili. Barcelona.

Carora,
Estado Lara,
República Bolivariana de Venezuela,
enero de 2026